

Calvero muerde el polvo

Beto Liòndeux

Calvero muerde el polvo

UNA SÁTIRA POR

BETO LIÒNDEUX

ABR82019

[HTTPS://BETOLIONDEUX.BLOGSPOT.COM](https://betoliondeux.blogspot.com)

Capítulo 1

Calvero muerde el polvo

En el sueño de una tarde de verano, estaba sentado Calvero en su escritorio presidencial, tratando de resolver el problema endémico de la pobreza de su país. Calvero no podía comprender como aquella nación había llegado hasta la sequedad, como la pobreza se había colado hasta en los tuétanos de sus conciudadanos, y como alimentaban a las gallinas con sus propios hígados. Era algo inaudito, y sacar a su nación de aquel estado nocivo parecía ser inasequible.

Se levantó, con violencia tiró el vaso de tinta contra la hermosa pared de marfil del Palacio de Macondo, su guarida, su recoveco donde su imaginación se encontraba con la longanimidad de su espíritu, afable, pero envilecido al mismo tiempo por un corazón sediento de poder y vida Salomónica. Caminó de un lado a otro haciendo ademanes de violencia, la cabeza le dolía, sudaba como un burro, y la supuración se mezclaba con el dulce perfume Mitsouko que rociaba en su cuello.

Lo asaltaban pensamientos suicidas y de arrepentimiento por todo el daño que había ocasionado. Recordaba cuando ordenó a sus guarulas golpear a una mujer hasta dejarla inconsciente sólo por que ésta le escupió la cara durante un evento, o como se fracturó la muñeca por tanto golpear una mesa cuando en una reunión lo criticaron, o como se embolsaba millones que llegaban a su país para proyectos sociales. Calvero no escatimaba en robarle el futuro a la niñez de su país, privarlos de oportunidades, amputar sus sueños con un cuchillo de mesa, y suavemente, causando dolor. Calvero ciertamente estaba arrepentido, pero más que eso, quería revertir todo en un santiamén. Era muy tarde, pero había esperanza.

En su momento de sangre, sudor, y lágrimas, le informaron que tenía un visitante. Era el gobernador Justino Albérico, Presidente de Magonia, quien por primera vez llegaba a visitar aquella nación en decadencia, en un totalitarismo embrionario, y a conversar con el gran dictador, de ideas arlequinadas y espíritu contrito y humillado, el pobre Calvero, que lo único que poseía era una harta riqueza aragonesa.

Justino Albérico era un hombre de pocas palabras, algo inusual para un presidente, sus discursos eran de quince minutos, pero tenían un impacto transformador de vidas y promovía el desarrollo sostenible de su patria. Sus pasados discursos eran la sustancia de lo que construía en el futuro. Enseñaba a sus ciudadanos a entender el Pitagoresco universo, cóncavo y convexo, lleno de intrigantes patrones matemáticos y complejidades insípidas. Justino Albérico entró al salón donde se paseaba Calvero como gato en casa ajena, estrechó su mano con la palma hacia arriba, y esbozó

la más afable y cándida sonrisa de piloto que sus labios pudieron innovar.

Calvero empezó a sondear, a pedir consejo, a gritar desesperadamente por liberación, por una solución a como romper con las cadenas de pobreza que aplacaban su país. Era un dictador frustrado, un hombre muy consciente del daño que había hecho a toda una nación. Pero algo que lo distinguía es que no era un zekedista, no era un demagogo, era un consumista del pueblo, y estaba dispuesto a resolver las cosas, a redimirse, o bien renunciar a su puesto si el pueblo se lo pedía. De todos modos, ya tenía la soga al cuello por tanto daño.

Lo que parecía encaminarse a una conversación productiva, de intercambio de ideas e imaginaciones fugaces, tomó el giro de un monólogo, Calvero empezó a ventilar todos los males que plagaban su presidencia: un poder judicial corrupto, una policía y ejército parcializados, un monopolio completo de la empresa privada, cargos fantasmas, y robo indiscriminado de los impuestos del pueblo.

Justino Albérico le calculaba cada tilde que despachaban sus labios, pero decidió poner un alto a su alegato triste, y le dijo "Debes restaurar relaciones". Se levantó y se fue sin despedirse. Calvero se tomó el último trago de anís y se quedó viendo desde su balcón la bella capital de su nación ponderando esas tres palabras que eran igual a una solución irrevocable de los problemas que giraban bajo un cuadrado imperfecto de éter y gloria. Era como si el universo le había sido revelado en el pétalo de una flor.

A la mañana siguiente, Calvero se levantó con la porción adecuada de bien y razón, y empezó, como si fuera un astuto en temas de desarrollo, a filosofar que significaba restaurar relaciones. Esa voz interna empezó a contactarse mediante un hilo plateado que transportaba los decibeles hacia una entidad, El Gran Pintor de Los Cielos. Este empezó a tener gracia por Calvero, y le hizo entender que había logrado restaurar la primera relación.

Luego, Calvero comenzó a denunciar todo acto de corrupción, incluso los del mismo, inmolándose en el proceso. Dejando su nombre en el suelo, su vida azarosa de abundantes excesos, la vida deliciosa de oro y plata, por encontrar riqueza en su alma. Y le fue a bien encontrar que había restaurado relaciones consigo mismo.

Al instante, recordó a todos sus enemigos, o los gobernantes de otras naciones a los que le dio la espalda por muchos años. Eran naciones potencia, con grandes riquezas, y caminaban bajo principios universales, con transparencia, bajo la luz del Sol, eran libros abiertos, y vivían bien. Empezó a compartir con los gobernantes de estas naciones, a abrazar cambios y nuevas ideas, a implementar nuestras estrategias, a innovar soluciones para combatir la pobreza extrema. Y le fue a bien encontrar

que había restaurado relaciones con otros hombres de bien.

Finalmente, logró ver con claridad, le fue revelado, tal como la Matrix a Neo, el patrón cíclico en el que vivía su nación. Empezó a ver la malversación de los recursos naturales, el derroche, el consumismo, la inconsciencia caníbal y el fatalismo en las comunidades de extrema pobreza, donde vivían la vida cíclica, donde estaban condenados a dar vueltas en el mismo lugar. Calvero empezó a crear un nuevo plan para poder llegar a todas esas familias, y hacerles entender que la pobreza no es física, es mental, que ellos tenían las capacidades y dones para salir adelante, y que la vida es lineal. La vida inició en un Jardín tal como Adán y Eva, y finalizó en una ciudad, como La Nueva Jerusalén. Por lo tanto, esta gente tiene que saltar de la pobreza, al desarrollo sostenible, pensaba. Y le fue a bien encontrar que había restaurado relaciones con la Creación misma.

Una vez que éstas cuatro relaciones fueron restauradas, Calvero empezó a ver los cambios radicales en su nación. Había libertad de expresión como nunca antes, familias agrícolas comercializaban sus productos a diestra y siniestra, los cuatro poderes del estado estaban conformados por personas modestas y de bien, el ejército había sido abolido, la policía estaba bajo un rígido escrutinio, y los fondos estaban siendo canalizados para proyectos de desarrollo. Ni un solo peso era cuestionado. Todo giraba en torno a transparencia, todos eran un libro abierto, una carta de amor fragante era su alma, y su corazón un baluarte de principios universales de desarrollo.

Se dio cuenta que ser un dictador era cosa de pusilánimes, de hombres débiles que como ganado se dejaban guiar por ideologías de tontos guerrilleros, y esclavizaban naciones. Le causó estupor ahora ver como otros dictadores se dejaban llevar por mentiras y vivían clandestinamente, espumeando su propia vergüenza, desplumando al pueblo como gallinas, y alimentándoles con sus propias heces. Sus ojos llenaron de lágrimas, y justo en ese momento lo interrumpieron diciéndole que tenía un visitante. Era un dictador de una hermosa nación que llegaba a buscar el apoyo para que el Gobierno de Calvero votara en contra de aplicar una Carta Democrática. Calvero pensó que esta era la oportunidad de compartir los principios de vida que había comprendido y aplicado. Se levantó con entusiasmo y saludó al gobernador: "¡Calvero, un honor, bienvenido!" Aquel hombre, macilento, con pobreza espiritual, un bigote al desfallecer, un costal de lamentos en su hombro derecho, sus ojos cargados de cocaína, y un rostro más demudado que el caballo Rocinante, dijo con tenue voz: "Un gusto, Masacrín Zekeda" Ambos hombres se sentaron en el balcón del Palacio de Macondo y pasaron una tarde agradable.